
BIO-HISTOIRA, BIOPOLÍTICA Y CLÍNICA MÉDICA: LA PRODUCCIÓN DE LO “HUMANO” EN LA PERSPECTIVA DE LA MEDICINA MODERNA SEGÚN MICHEL FOUCAULT

Marcelo Raffin

Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
(Argentina)
raffinmarcelo@yahoo.com

Resumen: Este artículo propone una exégesis de dos de los hitos conceptuales fundamentales con los que Foucault llevó adelante su investigación sobre la medicina como campo de producción de lo “humano” en la modernidad: por un lado, el delineamiento del individuo en el nacimiento de la clínica moderna y, por el otro, el surgimiento de la figura de lo “humano” a partir del proceso de medicalización como correlato de lo que el filósofo denomina la bio-historia. A tal fin, en primer lugar, se analiza la producción de lo “humano” bajo la noción de “individuo” como consecuencia de la “mirada médica”, en *Nacimiento de la clínica*. Luego, se relaciona esa noción con la de “hombre”, que aparece como su corolario en *Las palabras y las cosas*, donde esta última figura cobra toda su significación como resultante de la positividad de las ciencias que se producen en tono de él. Finalmente, se realiza un examen de la producción de lo “humano” en las conferencias que Foucault pronuncia en la Universidad del Estado de Río de Janeiro, en 1974, donde la producción de lo “humano” va a aparecer ligada al paradigma de la biopolítica y, específicamente, en el caso de la medicina, de la “bio-historia”, que complementan y precisan los desarrollos previos.

Palabras claves: Foucault, Subjetividad, Biopolítica, Bio-historia, Medicina moderna

Abstract: This article proposes an interpretation of two of the fundamental conceptual milestones with which Foucault carried out his research work about medicine as a field of production of the “human” in modernity: on the one hand, the delineation of the individual in the birth of modern clinic, and, on the other, the appearance of the figure of the “human” following the process of medicalization as a correlation of what is called by the philosopher as bio-history. To that end, in the first place, I analyze the production of the “human” under the notion of “individual” as a consequence of the “medical look”, in *The Birth of the Clinic*. Then, I relate that notion to that of “man” which appears as its consequence in *The Order of Things*, where this latter figure acquires all its significance as a resultant of the positivity of the sciences produced around it. Finally, I realize an examination of the production of the “human” in the lectures given by Foucault at the State University of Rio de Janeiro, in 1974, where the production of the “human” is linked to the paradigm of biopolitics and, specifically, in the case of medicine, of bio-history, which complete and specify the previous developments.

Keywords: Foucault, Subjectivity, Biopolitics, Bio-history, Modern medicine

Introducción

Michel Foucault analizó la producción de aquello que se da en llamar “lo humano” en diversos ámbitos del mundo moderno a partir de una relación fundamental y co-constitutiva entre relaciones de poder y saber que redundaron no solo en ciertas configuraciones de la vida “humana” como subjetividad, sino también, y al mismo tiempo, de la verdad o, para ser más preciso, de regímenes de verdad. En efecto, la exploración y el desarrollo de esta tesis que, en un sentido fuerte, inerva sus preocupaciones e investigaciones en términos generales, llevó al filósofo a su indagación y análisis, de manera privilegiada, del campo de la medicina moderna, saber, práctica e institución de la que se ocupó en distintos momentos de su vida. Intento de reforzar la ruptura de un eventual mandato y una firme tradición de familia, pretensión de exorcizar demonios de infancia,¹ exigencia precisa de su decidido trabajo sobre la producción de las formas de la verdad y de lo “humano” en la encrucijada de los saberes que consolidaron la “*episteme*” moderna, sus desarrollos y afirmaciones sobre la constitución, el papel y el valor de la medicina en la conformación de las formas de la “subjetividad” moderna, constituyen contribuciones fundamentales que, aún hoy en día, no han sido explotadas con la amplitud y la profundidad de sus alcances y potencialidades. Este artículo pretende, entonces, contribuir con una exégesis analítica y reconstructiva de algunos de los hitos conceptuales fundamentales con los que Foucault llevó adelante su investigación sobre la medicina como campo de producción de lo “humano” en la modernidad. De ahí que sea necesario aclarar que se trata del análisis de algunos de los aspectos centrales de su investigación en la materia, puesto que llevar adelante la tarea de reconstruir su gran empresa teórica de forma completa en este campo, excedería ampliamente los límites que me he propuesto en este trabajo. Por ende, me abocaré a desarrollar, en particular, dos de esos aspectos centrales: por un lado, el delineamiento del individuo en el nacimiento de la clínica moderna y, por el otro, el surgimiento de la figura de lo “humano” a partir del proceso de medicalización como correlato de lo que Foucault denomina la bio-historia. A tal fin, propondré, en primer lugar, un análisis de la producción de lo “humano” bajo la figura del “individuo”

¹ Estas afirmaciones se basan en aspectos de la biografía de Michel Foucault. Tanto su padre como su abuelo paterno fueron reconocidos médicos en su ciudad natal, Poitiers, por lo que el filósofo debía seguir esa línea profesional familiar. Asimismo, en varias ocasiones, su padre le hizo presenciar autopsias con la esperanza de alejarlo de su homosexualidad. Esta experiencia constituyó siempre un recuerdo traumático para Foucault. Sobre estos aspectos de su biografía, cf. Éribon 1989.

como consecuencia de la “mirada médica”, en *Nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica* (1963). Luego, especificaré la relación entre estas ideas y las que Foucault desarrolla en *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas* (1966), donde la figura del “hombre”, que aparece como corolario de la del individuo, cobra toda su significación como resultante de la positividad de las ciencias que se producen en tono de él. En ambos casos, la finitud jugará un rol específico y complementario (como límite y origen y como analítica, respectivamente), que terminará completando el diseño de la figura de lo “humano”. Finalmente, realizaré un examen de la producción de lo “humano” en las conferencias que Foucault pronuncia en el Instituto de Medicina Social, Centro Biomédico, de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ), en el marco del curso de medicina social, en octubre de 1974, publicadas en su traducción al castellano en la *Revista centro-americana de Ciencias de la Salud*, entre 1976 y 1978, y retomadas en *Dits et écrits*, tomo III, donde la operación de la producción de lo “humano” va a aparecer ligada a un nuevo paradigma, que vendrá a complementar y precisar los desarrollos que el filósofo había elaborado en los años ‘60: se trata de la matriz de la biopolítica y, específicamente, en el caso de la medicina, de la “bio-historia” como el efecto de la intervención médica en la historia de la especie humana.

La figura del “individuo” en la experiencia clínica

La producción de lo “humano” en *Nacimiento de la clínica* aparece como resultado de la “mirada médica” bajo la figura del “individuo”. En efecto, la mirada médica abre la posibilidad de la experiencia clínica a partir de la visibilidad de lo invisible mediante el acceso a la vida a través de la muerte. Estos desarrollos sobre la producción de lo “humano” presentados por Foucault en *Nacimiento de la clínica*, se inscriben, asimismo, en el contexto de las ideas que el filósofo elabora en sus investigaciones de fines de los años ‘50 y de la primera mitad de los años ‘60. Por un lado, la investigación referida al paradigma médico-psiquiátrico, que da lugar a su tesis doctoral de 1961, *Folie et déraison. Histoire de la folie à l’âge classique* (*Locura y sinrazón. Historia de la locura en la época clásica*, que terminará publicándose, en 1972, simplemente como *Historia de la locura en la época clásica*), y de la que *Nacimiento de la clínica* es un desprendimiento; y, sobre todo, la investigación que

vierte en *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas* (1966), donde se aboca al análisis de la formación de la “episteme” moderna a partir, en particular, de la lingüística, la biología y la economía política. Así, la figura del “individuo” que Foucault elabora en *Nacimiento de la clínica*, cobra todo su significado al ser re-inscripta en *Las palabras y las cosas*, bajo la figura del “hombre”, en el contexto de la formación del campo científico moderno, como resultado de la positividad de sus leyes.

De esta suerte, para comprender la figura del “individuo” como producción de lo “humano” en *Nacimiento de la clínica* y su corolario en la figura del “hombre” en *Las palabras y las cosas*, es necesario, en mi opinión, un doble movimiento. Por un lado, es preciso reconstruir, específicamente, el planteo que Foucault propone en *Nacimiento de la clínica*, a partir de la operación particular que se produce entre la vida y la muerte en relación con la enfermedad y que va a dar por resultado, sobre todo, la posibilidad de la singularidad de un individuo a partir de su finitud y, por el otro, reinscribir ese individuo finito y singular bajo la figura del “hombre” en el conjunto de las ciencias que se generan en torno de él (“ciencias del hombre” o ciencias humanas), y, en particular, analizar el papel central que la medicina va a venir a jugar respecto de uno y de otras.

En *Nacimiento de la clínica*, Foucault analiza el surgimiento de la experiencia clínica partir de las transformaciones que se producen en este campo entre las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX. En este sentido, se puede señalar que *Nacimiento de la clínica* se inscribe en la serie de investigaciones que Foucault desarrolla en torno de distintos objetos (la locura, la enfermedad, la vida, el trabajo, el lenguaje, la delincuencia, la sexualidad, etc.) a partir de la especial relación entre relaciones de poder-saber y producción de subjetividad y de regímenes de verdad. El filósofo explicita esas relaciones de poder-saber en términos de prácticas sociales y constitución de nuevos dominios de saber que, al tiempo que producen nuevos objetos, también producen nuevos sujetos de entre los cuales aparece el “sujeto” moderno como la resultante de las figuras que se dibujan en cada uno de esos campos específicos. Foucault hace explícitas estas ideas a principios de los años ‘70, es decir, unos años más adelante respecto de las obras aquí consideradas. En mi opinión, sin embargo, no se puede dejar de interpretar estas obras, sin reinscribirlas dentro de esta intención del filósofo de presentar su trabajo actual, pero también de resignificar lo realizado hasta el

momento y de dar sentido a los trabajos por venir, con la expresión de “fragmentos para una morfología de la voluntad de saber” (Foucault 2011, p. 3).² Esta idea que hace explícita en el primer curso que dicta en el Collège de France (1970-1971), abre dicho curso y permite, en efecto, reinterpretar el esfuerzo de Foucault en los libros principales de la década anterior, en particular, el intento de tornar evidentes las operaciones que llevaron a la conformación de la *episteme* moderna, y dentro de ella, a la relación subjetividad-verdad. De manera tal que *Nacimiento de la clínica* replica la lógica de conformación de este inmenso campo de saber de la modernidad aunque atendiendo, en especial, al saber médico y contribuyendo, por ello mismo, mediante las nociones de enfermo-paciente e individuo, a la construcción del “hombre” del siglo XIX.

Al mismo tiempo, debemos recordar que Foucault inscribe su trabajo en el proyecto arqueológico de un análisis de los discursos en general y que, en este caso, refiere al del discurso médico sobre la enfermedad, en particular.

Pero, ¿cómo desarrolla concretamente Foucault la constitución de este discurso y de este nuevo dominio de saber referido a la medicina en la modernidad y, especialmente, a la experiencia clínica? y ¿cómo queda configurado al interior del saber médico ese individuo que asumirá la figura del “hombre” en el contexto de las ciencias que se crean en torno de él en el siglo XIX? A partir de una nueva configuración de la mirada médica por la cual, esta ya no es reductora sino fundadora del individuo en su calidad irreductible. En este punto, es fundamental recordar que Foucault señala que la mirada médica no aparece sola sino unida a un lenguaje que permite transformar el objeto del discurso en sujeto sin que por ello las figuras de la objetividad sean alteradas. Es justamente esta reorganización formal y en profundidad, más que el abandono de las teorías y los viejos sistemas, aquello que, en su análisis, abrió la posibilidad de una experiencia clínica y de contravenir la antigua prohibición aristotélica de poder desarrollar un discurso científico sobre el individuo. De esta suerte, a principios del siglo XIX, la medicina establece una relación fundamental entre lo visible y lo enunciable pero no porque finalmente haya decidido percibir luego de haber especulado durante largo tiempo o escuchar a la razón más que a la imaginación. Lo que cambió, sostiene Foucault, fue la relación entre lo visible y lo invisible a partir de la relación entre la vida, la muerte y la enfermedad. Foucault lo expresa en estos términos: “Entre

² Toda vez que no se indique lo contrario, la traducción es propia.

las palabras y las cosas, se anudó una alianza nueva que hizo *ver* y *decir*, y a veces en un discurso tan realmente ‘inocente’ que parece ubicarse en un nivel más arcaico de racionalidad, como si se tratase, a fin de cuentas, de un retorno a una mirada finalmente matinal” (Foucault 1997, p. VIII).

Por lo tanto, la medicina como ciencia clínica apareció bajo condiciones que definen, con su posibilidad histórica, el dominio de su experiencia y la estructura de su racionalidad, constituyendo, de esta manera, su *a priori* concreto³ o esencial que gobierna la distribución de lo visible y lo decible. Por ende, la investigación pretendida por Foucault en *Nacimiento de la clínica*, implica el proyecto deliberado de realizar un trabajo a la vez histórico y crítico en la medida en que tiene por finalidad determinar esas condiciones de posibilidad de la experiencia médica en la modernidad. En definitiva, se trata de un análisis que tiene por finalidad, tal como el propio Foucault lo afirma, “desentrañar en el espesor del discurso, las condiciones de su historia” (ibíd., p. XV).

Ahora bien, retomando la cuestión de la configuración del individuo al interior del saber médico, la experiencia clínica significó, en la historia occidental, una primera apertura del individuo concreto al lenguaje de la racionalidad y constituyó un evento capital de la relación del hombre consigo mismo y del lenguaje con las cosas. En la espacialización y la verbalización fundamentales que la experiencia clínica realiza sobre lo patológico, se toma como eje el cuerpo, pero especialmente, el cuerpo muerto, es decir, el cadáver, que permite aclarar, como lo dice Foucault, la noche del viviente con la luz y la claridad de la muerte. La consigna de abrir algunos cadáveres, que Marie François Xavier Bichat, el anatomista de las últimas décadas del siglo XVIII y protagonista central de las transformaciones que llevaron al nacimiento de la clínica a principios del siglo XIX, había lanzado en el Prefacio de su *Anatomía general* (1801), permite percibir a la enfermedad paradójicamente como “viva”, con una vida que tiene sus figuras y sus leyes propias.

Es justamente a partir de Bichat que el fenómeno patológico va a ser percibido sobre el fondo de la vida, vinculándose así, específicamente, a las formas concretas que esta adopta en una individualidad orgánica. La vida va a conformar, para la anatomía

³ En *Nacimiento de la clínica*, Foucault aborda, por primera vez, de manera explícita, la cuestión del *a priori* histórico (cf. Han 1998, nota 2 p. 80 y nota 2 p. 15).

patológica, el fondo inextinguible pero cerrado de la enfermedad; y, al mismo tiempo, va a introducir una transformación teórica fundamental en el horizonte filosófico. Para la anatomía patológica de Bichat, la vida va a jugar un papel epistemológico fundamental puesto que será el elemento que permitirá percibir la oposición entre lo orgánico y lo inorgánico o lo no viviente. Por eso, ubicada en este nivel epistemológico, la vida implicará, al mismo tiempo, la muerte, como aquello que amenaza positivamente su fuerza viva y la hace correr el riesgo permanente de destrucción. A principios del siglo XIX, la muerte aparece como una figura que se puede analizar en dos niveles: como vía de acceso a la verdad de la vida y como su límite natural. Es en la relación entre la vida y la muerte que será definida la enfermedad.

Foucault denomina a la estructura, a la vez perceptiva y epistemológica que gobierna la anatomía clínica y toda la medicina que deriva de ella, como la de la “invisible visibilidad”. Se trata de la soberanía de lo visible, tanto más imperiosa cuanto que se asocia al poder de la muerte. Dice Foucault:

Lo que oculta y envuelve, el telón de noche sobre la verdad, es paradójicamente la vida; y la muerte, por el contrario, abre, para la luz del día, el negro cofre de los cuerpos: oscura vida, muerte límpida, los más antiguos valores imaginarios del mundo occidental se cruzan allí en extraño contrasentido, que es el sentido mismo de la anatomía patológica, si se conviene en tratarla como un hecho de civilización del mismo orden, y, por qué no, de la transformación de una cultura que incinera, en una cultura que inhuma. La medicina del siglo XIX ha estado obsesionada por este ojo absoluto que cadaveriza la vida y vuelve a encontrar en el cadáver, la endeble nevadura rota de la vida (ibíd., p. 170).

La figura de lo “invisible visible” organiza la percepción anatómico-patológica. El lenguaje y la muerte intervinieron en esta experiencia para dar acceso a algo que había permanecido por mucho tiempo como lo visible invisible en Occidente: el saber sobre el individuo. Con Bichat, insiste Foucault, la prohibición aristotélica del discurso científico sobre el individuo es contravenida en la medida en que la muerte encuentra en el lenguaje su lugar y su concepto: el espacio abrió entonces a la mirada, la forma diferenciada del individuo.

La muerte así concebida en el campo de la medicina, operando de forma definitoria respecto de la vida y la enfermedad, permitirá, a un tiempo, el nacimiento de

una medicina como ciencia del individuo y, acaso, de manera general, la experiencia de la individualidad en la cultura moderna. En este sentido, Foucault explica que “de los cadáveres abiertos por Bichat al hombre freudiano, una relación obstinada con la muerte prescribe a lo universal su rostro singular y presta a la palabra de cada uno el poder de ser indefinidamente oída; el individuo le debe un sentido que no se detiene con él” (ibíd., 201). En suma, la muerte produce el individuo finito, el discurso de lo sensible y la profusión de los cuerpos y su orden.

De ahí la importancia de la medicina en la constitución de las ciencias “del hombre” o humanas, no solo a nivel metodológico, sino, especialmente, si se tiene en cuenta el papel que juega respecto del ser del hombre como objeto de saber positivo. La medicina moderna vuelve al individuo, al mismo tiempo, sujeto y objeto de su propio conocimiento, con lo cual se produce una inversión en la estructura de la finitud. De esta manera, afirma Foucault, el pensamiento médico está comprometido por derecho propio con el estatuto filosófico de lo “humano”: ofrece al “hombre” moderno el rostro obstinado y tranquilizador de su finitud en tanto que, en su interior, la muerte es, a un tiempo, reafirmada y conjurada. La estructura antropológica que aparece entonces en el saber médico con la experiencia clínica, desempeña a la vez el papel crítico de límite y el papel fundador de origen. En ello reside, según Foucault, el lugar determinante de la medicina en la arquitectura de conjunto de las ciencias humanas: “más que ninguna otra, ella está cerca de la disposición antropológica que sostiene a todas” (ibíd., p. 201).

La figura del “hombre” como resultante de la positividad de las ciencias humanas

En este punto, es donde, en mi opinión, no se puede dejar de establecer una relación entre los desarrollos sobre la producción de lo “humano” presentados por Foucault en *Nacimiento de la clínica* y los que aparecen en *Las palabras y las cosas*. Es necesario restituir este planteo sobre la configuración del individuo a partir de la operación fundamental que se produce entre la vida, la enfermedad y la muerte al interior del saber médico, signado por el papel crítico y fundador de límite y origen de la idea de finitud del hombre, al contexto de las ideas que el filósofo desarrolla sobre este mismo punto, en particular, en el capítulo IX “El hombre y sus dobles” de *Las*

palabras y las cosas. Allí cobra toda su dimensión la analítica de la finitud respecto de la figura del “hombre”, que emerge como consecuencia de la positividad de las leyes científicas, que signa los saberes en torno de él en la modernidad.

Pero, antes de analizar los desarrollos sobre el “hombre” del capítulo X de *Las palabras y las cosas*, no se podría dejar de recordar la famosa figura de la “muerte del hombre” que marca la obra y que Foucault plantea en su “Prefacio”. El filósofo sostiene de manera contundente que el hombre no es nada más que un desgarramiento en el orden de las cosas, una construcción generada por relaciones de poder-saber, es decir, una configuración diseñada por la nueva disposición que asumió de manera reciente en el saber, de la que reconforta y tranquiliza pensar, frente a las quimeras de los nuevos humanismos y a las facilidades de una “antropología” entendida como una reflexión general a medias positiva y filosófica sobre el hombre, que es “solo una invención reciente, una figura que no tiene dos siglos, un simple pliegue en nuestro saber y que desaparecerá en cuanto este encuentre una nueva forma” (Foucault 1990, p. 15).

Por su parte, en el capítulo IX, Foucault sostiene que el “hombre” moderno solo es posible a título de figura de la finitud. ¿Cómo hace aparecer la finitud en la figura del “hombre” y cómo explica esta figura de la finitud? A partir de una crisis de la representación clásica que rompe definitivamente la relación entre las palabras y las cosas por la que las palabras dejan de entrecruzarse con las representaciones y de cuadrar espontáneamente el conocimiento de las cosas. Al comienzo del siglo XIX, dice Foucault, las palabras encuentran su viejo y enigmático espesor. Separado de la representación, el lenguaje solo existe de ahora en más, de modo disperso. Foucault recurre aquí a las ideas de Nietzsche y Mallarmé, que, sostiene, plantean las preguntas y las respuestas exactas: quien tiene el discurso, quien detenta la palabra, es el lenguaje mismo, la palabra misma, su ser enigmático y precario. En el movimiento profundo de una mutación arqueológica de este tipo, aparece el “hombre” con su posición ambigua de objeto para un saber y de sujeto que conoce. Como Foucault lo explica, “soberano sometido, espectador mirado”, el “hombre” aparece en el espacio vacío hacia el cual gira todo el cuadro de “Las meninas” de Velázquez. La representación clásica dejó de tener valor. La representación que ahora se hace de las cosas, “ya no tiene que desplegar, en un espacio soberano, el cuadro de su ordenamiento; es, por parte de este individuo empírico que es el hombre, el fenómeno –menos aún quizá, la apariencia– de

un orden que pertenece ahora a las cosas mismas y a su ley interior. En la representación, los seres ya no manifiestan su identidad, sino la relación exterior que establecen con el ser humano” (ibíd., p. 324).

La finitud del hombre se anuncia pues en la positividad del saber y se perfila bajo la forma paradójica de lo indefinido. Como sostiene Foucault, indica, más que el rigor del límite, la monotonía de un camino que, sin duda, no tiene límite pero que quizá tampoco tiene esperanza. El “hombre” que aparece en la positividad de los saberes modernos, en particular, en el intersticio de la positividad de sus leyes científicas, es capturado en “la apertura muda, nocturna, inmediata y feliz de la vida animal” (ibíd., p. 325). De esta manera, Foucault señala que “desde el corazón mismo de la empiricidad, se indica la obligación de remontar o, a voluntad, descender justo hasta una analítica de la finitud en la que el ser del hombre podrá fundar, en su positividad, todas las formas que le indican que no es infinito” (ibíd., p. 326).

El primer carácter con que esta analítica de la finitud marcará el modo de ser del “hombre” será el de la repetición. La finitud es en la figura de lo “mismo”, la identidad y la diferencia de las positivities y de su fundamento. Dice Foucault:

Vemos cómo la reflexión moderna, desde el primer inicio de esta analítica, lleva, mediante un rodeo, hacia un cierto pensamiento sobre lo Mismo –donde la Diferencia es lo mismo que la Identidad–, a la exposición de la representación, con su dilatación en cuadro, tal como lo ordenaba el saber clásico. Es en este espacio minúsculo e inmenso, abierto por la repetición de lo positivo en lo fundamental, que toda esta analítica de la finitud –tan ligada al destino del pensamiento moderno– va a desplegarse: allí va a verse sucesivamente repetir lo trascendental a lo empírico, el *cogito* repetir lo impensado, el retorno al origen repetir su retroceso; es allí donde va a afirmarse a partir de sí mismo un pensamiento de lo Mismo irreductible a la filosofía clásica (ídem).

De ahí que, según Foucault, se pueda sostener que el final de la metafísica no es sino la cara negativa de la aparición del “hombre”. Esta “ontología sin metafísica” tiende hacia el develamiento siempre a realizar de lo Mismo que se produce con la aparición simultánea de lo Doble, de ese “y” del retroceso y del retorno, del pensamiento y de lo impensado, de lo empírico y de lo trascendental, de aquello que pertenece al orden de la positividad y de aquello que es del orden de los fundamentos.

Identidad y repetición están en el corazón de este pensamiento moderno sobre lo “humano”.

La configuración de la vida “humana” como correlato de la bio-historia

Como señalé en la “Introducción”, el otro momento fundamental en los desarrollos que Foucault dedica a su análisis de la producción de lo “humano” en el seno de las prácticas médicas modernas, es el referido al surgimiento de la biopolítica o poder sobre la vida, que el filósofo considera el acontecimiento decisivo de la modernidad, el que marca su tono y su lógica, ligado, específicamente, a lo que denomina “bio-historia”, entendida como el efecto y la huella de la intervención médica en la historia de la especie humana (cf. Foucault 1994, p. 207). Foucault se ocupa de presentar estos análisis, en particular, en las conferencias que pronuncia en el Instituto de Medicina Social, Centro Biomédico, de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ), en octubre de 1974, publicadas en su traducción al castellano en la *Revista centro-americana de Ciencias de la Salud*, entre 1976 y 1978. Como adelanté, los desarrollos que allí presenta, vienen a complementar y precisar las ideas que el filósofo había elaborado sobre esta problemática durante los años 1960. Asimismo, estas conferencias adelantan en parte algunas de las ideas claves que Foucault desarrollará en *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (1975) y *La voluntad de saber*, tomo I de *Historia de la sexualidad* (en especial, en el capítulo V “Derecho de muerte y poder sobre la vida”) y en los cursos del Collège de France (en particular, *Los anormales – 1974-1975–* y los denominados “cursos biopolíticos”, en especial, el de 1978).

En la primera de estas conferencias, “*Crise de la médecine ou crise de l’antimédecine?*” (publicada en 1976 como “¿Crisis de un modelo en la medicina?”), Foucault declara que su objeto de análisis, en estas conferencias, y, en términos generales, en las investigaciones que está llevando a cabo en este momento (casi mediados de los años ‘70), es el cuerpo individual y colectivo, y, más precisamente, la vida de ese cuerpo en su doble dimensión individual y colectiva. Por lo tanto, Foucault define su objeto de análisis como el de la “somatocracia” o “gobierno del cuerpo”, en crisis desde su emergencia, a fines del siglo XVIII, aspecto que, subraya, generalmente

ha sido olvidado por los historiadores modernos. En este sentido, señala la década de 1940-1950 como un momento clave en el que el cuerpo “humano” se transformó en uno de los principales objetivos de intervención estatal con la implementación del Plan Beveridge en el Reino Unido en 1942, que sirvió de modelo a otros países para la creación de planes sociales en beneficio de los trabajadores, en particular en materia de salud, en el marco del Estado de Bienestar instaurado luego de la Segunda Guerra Mundial en ese país. El Plan Beveridge tiene entonces para Foucault, un valor simbólico en la medida en que da cuenta de la formulación de un nuevo derecho (el derecho a la salud), una nueva moral (el cuidado y la protección del cuerpo), una nueva economía (la entrada de la salud en el campo de la macro-economía como gasto público) y una nueva política del cuerpo (la transformación de la salud como objeto de una verdadera lucha política). De lo que se trata, en definitiva, en la perspectiva foucaultiana, es de la puesta en marcha de un modelo de producción social global en el que la medicina ha jugado un papel fundamental. Este modelo, que implica la producción del orden social y dentro de él, la producción de lo “humano” como configuración de la vida “humana”, es el de la biopolítica. En dicho proceso de producción biopolítica, la bio-historia, como nueva dimensión de las posibilidades médicas, tiene una importancia capital en la medida en que el médico (al igual que el biólogo) trabaja al nivel de la vida misma y de sus acontecimientos fundamentales. De esta suerte, Foucault destaca que, mediante estos análisis, se ha podido demostrar la fuerte co-implicación entre la historia de las formas de lo “humano” y la de la “vida”.

Pero, al mismo tiempo, en esta sociedad biopolítica, la medicina va a jugar también el papel de una medicalización indefinida al verse dotada de un poder de autoridad con funciones normalizadoras que van mucho más allá de la existencia de las enfermedades y de las demandas de los enfermos. De esta manera, la medicina contribuye fuertemente a crear una sociedad de la noma que produce permanentemente la distinción fundamental entre lo normal y lo patológico.

En estas funciones fundantes que la medicina moderna desarrolla desde su surgimiento (que Foucault caracteriza como el “despegue” –*décollage*– médico y sanitario de Occidente), a fines del siglo XVIII, en relación con la sociedad biopolítica, Foucault señala cuatro notas fundamentales que la caracterizan hasta hoy en día:

1) la aparición de una autoridad médica como autoridad social;

- 2) el surgimiento de un campo de intervención de la medicina, distinto al de la enfermedad;
- 3) la institución del hospital como aparato de medicalización colectiva; y
- 4) la introducción de mecanismos de administración médica.

El filósofo afirma que fue en base a la aparición del hospital con esta nueva función específica y a todos estos controles sociales, que la medicina moderna se pudo desarrollar y la clínica adquirió dimensiones totalmente nuevas. Así, señala que “a medida que la medicina se convirtió en una práctica social en lugar de una práctica individual, se abrieron entonces las posibilidades de la anatomía patológica, la gran medicina hospitalaria y los progresos simbolizados por los nombres de Bichat, Laënnec, Bayle, etc.” (ibíd., p. 51).

Ahora bien, lo que caracteriza, según Foucault, a la medicina de las últimas décadas, es el hecho de que ya no reconoce dominios o campos que le sean externos, cumpliendo una función de regulación de la sociedad, mediante un fenómeno de medicalización sin límites. Al mismo tiempo, la salud adquiere una importancia económica a través de su introducción en el mercado, en particular, a partir del papel que juegan los laboratorios farmacéuticos.

Al responder al debate de época sobre la crisis de la medicina o sobre el modelo de una supuesta “medicina social” opuesta a una “medicina individual” (como se puede desprender de las ideas que sostienen la creación del Plan Beveridge), Foucault desmitifica la noción de “medicina social” puesto que, como tal, desde su perspectiva, ella siempre constituyó una actividad y una práctica social, al menos desde el siglo XVIII, por lo que el concepto mismo de “medicina social” carece de sustento. De la misma manera, sostiene, la crisis actual de la medicina no es realmente actual sino que, en todo caso, proviene desde su mismo surgimiento a fines del siglo XVIII, como un cierto tipo de práctica social. Por ello, el filósofo concluye que es preciso admitir, antes bien, que “la medicina forma parte de un sistema histórico, que no es una ciencia pura, que forma parte de un sistema económico y de un sistema de poder, que es necesario sacar a la luz los lazos entre la medicina, la economía, el poder y la sociedad para determinar en qué medida es posible rectificar o aplicar el modelo” (ibíd., p. 58).

En la segunda conferencia, “*La naissance de la médecine sociale*” (publicada en 1977 como “El nacimiento de la medicina social”), Foucault procede a reconstruir una genealogía de la medicalización o “socialización” de la medicina, es decir, del proceso por el cual la existencia, la conducta, el comportamiento y el cuerpo humano se integran, a partir del siglo XVIII, en una red cada vez más densa e importante que capta bajo su poder y su influencia, la casi totalidad del espacio social. A tal fin, el filósofo analiza algunos aspectos de dicho proceso, tomando como referencia el caso francés, y poniendo el énfasis en el nacimiento de lo que se podría denominar la “medicina social”, como caracterización de la medicina moderna, cuyo fundamento consiste en una cierta tecnología del cuerpo social. De esta suerte, el capitalismo que se desarrolla al final del siglo XVIII y a comienzos del siglo XIX, socializa, en primer término, un primer objeto, el cuerpo, en función de su fuerza productiva, por lo que la medicina se vuelve una estrategia biopolítica. Pero, advierte Foucault, el cuerpo solamente será considerado por este saber bajo este aspecto, a partir de la segunda mitad del siglo XIX. En efecto, el filósofo sostiene que la formación de la medicina moderna como “medicina social”, implicó una serie de etapas, antes de centrarse en el cuerpo como fuerza de trabajo. Esas etapas son las siguientes: en primer lugar, la medicina de Estado, luego, la medicina urbana y, finalmente, la medicina de la fuerza de trabajo.

La primera tuvo lugar principalmente en Alemania, a comienzos del siglo XVIII, con el objetivo de desarrollar una práctica médica que apuntara al mejoramiento de la salud pública. Foucault señala que la organización de un saber médico de Estado, la normalización de la profesión médica, la subordinación de los médicos a una administración general y su integración en una organización médica de Estado, producen una serie de fenómenos completamente nuevos que caracterizan justamente lo que se puede denominar una “medicina de Estado” (“*Staatsmedizin*”). Lo que importa en ella, es el cuerpo de los individuos mismos que, reunidos, constituyen el Estado.

La medicina urbana se desarrolla en Francia, a fines del siglo XVIII, como consecuencia de la urbanización o expansión de las estructuras urbanas. Con sus métodos de vigilancia, hospitalización, etc., se presenta como un mejoramiento del esquema político-médico de la cuarentena, surgido a fines de la Edad Media y en los siglos XVI y XVII. Sus objetivos principales consisten en analizar las zonas de hacinamiento, desorden y peligros al interior del perímetro urbano (en especial, los

cementerios y los mataderos), el control y el establecimiento de una buena circulación del agua y el aire, y la organización de las distribuciones y las secuencias (en particular, de las fuentes y los desagües). La medicalización de la ciudad permitió a la medicina tomar contacto más directo con otras ciencias vecinas como la química, desarrollar la problemática de las condiciones de vida del medio de existencia (adelantando las bases de la noción de “medio ambiente” –*“milieu ambiant”*– desarrollada por los naturalistas de fines del siglo XVIII) y, ligadas a ella, las nociones de salubridad y de higiene pública. Foucault destaca que buena parte de la medicina científica del siglo XIX tiene su origen en la experiencia de la medicina urbana.

Finalmente, la medicina de la fuerza de trabajo surge en Inglaterra, como la medicina de los pobres y de los obreros, durante el siglo XIX. Esta medicina consiste principalmente en un control de la salud y del cuerpo de las clases populares con el fin de que sean más aptas para el trabajo y menos peligrosas para las clases ricas, en cuyo desarrollo destacan la “ley de pobres” de la primera mitad del siglo XIX y la implementación, en la segunda mitad del siglo, del *Health Service* y de las *Health Offices*. Este modelo de medicina tendrá consecuencias duraderas en la medida en que permitirá el establecimiento de la asistencia médica de los pobres, el control de la salud de la fuerza de trabajo y la encuesta general de salubridad pública. Al mismo tiempo, posibilitará la realización de tres sistemas médicos superpuestos y coexistentes: una medicina de asistencia destinada a los más pobres; una medicina administrativa, encargada de los problemas generales como la vacunación, las epidemias, etc.; y una medicina privada de la que solo gozarán quienes puedan pagarla. Estos tres sistemas médicos subsisten hasta hoy en día.

Finalmente, en la tercera conferencia “*L’incorporation de l’hôpital dans la technologie moderne*” (publicada en 1978 como “Incorporación del hospital en la tecnología moderna”), Foucault analiza la figura del hospital como instrumento terapéutico y como productor de una medicina propia (“medicina hospitalaria”), que acompaña la transformación moderna de la medicina como estrategia biopolítica, a fines del siglo XVIII. La nueva función adquirida por el hospital, se produce en base a la anulación de sus efectos negativos, tanto respecto de las personas internadas en él como en relación con las ciudades donde están ubicados. Foucault sostiene que los hospitales marítimos y militares se transformaron en los modelos de la reorganización hospitalaria

con el auge del mercantilismo, que trajo aparejada una mayor severidad en las reglamentaciones económicas pero también un incremento del valor del “hombre” en la medida en, en este momento, la formación del individuo, su capacidad y sus aptitudes, comenzaron a tener un precio para la sociedad. El filósofo subraya que la base de la reorganización de los hospitales marítimos y militares consistió en la introducción de la tecnología política de la disciplina como técnica de ejercicio de poder y de gestión de lo “humano”, que se elabora durante los siglos XVII y XVIII. De manera paralela al surgimiento de otras invenciones técnicas como la metalurgia o la tecnología química, el filósofo destaca la invención técnica de la disciplina como “nueva manera de gobernar al hombre, de controlar sus múltiples aspectos, de utilizarlos al máximo y de mejorar el producto útil de su trabajo y de sus actividades gracias a un sistema de poder que permite controlarlos” (ibíd., p. 515). De ahí que Foucault concluya que la disciplina

es el conjunto de las técnicas en virtud de las cuales los sistemas de poder tienen por objetivo y resultado la singularización de los individuos. Se trata del poder de la individualización cuyo instrumento fundamental reside en el examen. El examen es la vigilancia permanente, clasificatoria, que permite distribuir a los individuos, juzgarlos, evaluarlos, localizarlos y, así, utilizarlos al máximo. A través del examen, la individualidad se transforma en un elemento para el ejercicio del poder (ibíd., pp. 516-517).

Por su parte, en la formación de la medicina hospitalaria, Foucault señala la convergencia de la introducción de la disciplina en el espacio hospitalario y de las transformaciones de la práctica médica que interviene sobre el “medio ambiente”.

De esta manera, Foucault concluye que el “hospital médico” nace de las técnicas del poder disciplinario y de la medicina de intervención sobre el medio, tanto como lugar de cura (función terapéutica) como de formación médica y de producción y transmisión del saber médico. De ahí, el surgimiento de la figura del “médico de hospital” y el papel que va a jugar la clínica como dimensión esencial del hospital. Asimismo, con la introducción de la disciplina del espacio hospitalario, la mirada médica ofrece un campo muy vasto de observación, intervención y producción, en cuyos extremos se encuentran, por un lado, el individuo y, por el otro, la población.

Claramente, todos estos desarrollos desembocarán en las ideas que Foucault presentará al final de *La voluntad de saber*, cuando inaugura oficialmente la noción de

biopolítica como “aquello que hace entrar la vida y sus mecanismos en el ámbito de los cálculos explícitos y hace del poder-saber un agente de transformación de la vida humana” (Foucault 1995, p. 188), ligada co-constitutivamente con lo que denomina “bio-historia”, definida, en esa obra, como “las presiones por las cuales los movimientos de la vida y los procesos de la historia se interfieren mutuamente” (ídem). De esta manera, la operación implicada por la biopolítica y la bio-historia respecto de la configuración de la vida “humana” en la modernidad (tanto en su dimensión individual como colectiva), viene a ofrecer un marco más general y una fundamentación más sólida a las figuras del “individuo” y del “hombre”, que Foucault desarrolla en sus investigaciones de los años ’60, acerca de la producción de lo “humano” por parte de la medicina moderna.

Epílogo

De los análisis presentados, se puede concluir que Foucault elabora una figura de lo “humano” en *Nacimiento de la clínica* ligada a la operación fundamental que la trinidad vida-enfermedad-muerte va a producir respecto de la singularidad de un individuo, que se inscribe en el interior del proyecto general de formación de los saberes modernos y que cobrará toda su potencialidad, en la positividad de las leyes científicas a partir de una analítica de la finitud, tal como el filósofo lo desarrolla en profundidad, en el capítulo IX de *Las palabras y las cosas*. Asimismo, a partir de mediados de los años ’70, donde se destacan particularmente las conferencias sobre “medicina social” (octubre de 1974), el filósofo hará del saber médico uno de los ejes de su análisis biopolítico con el progresivo desplazamiento de las sociedades decimonónicas hacia una medicalización regida por el primado de la norma a expensas del sistema de la ley, proponiendo leer el nuevo agenciamiento de los dispositivos de poder a partir de lo que podría denominarse una verdadera noso-política (cf. Revel 2008, p. 93). De esta suerte, la relación entre subjetividad y verdad, por un lado, y otros desarrollos sobre la medicina como saber moderno, por el otro, que aparecen en las investigaciones de los años ’60, serán retomados por Foucault en las décadas siguientes, y complejizados a partir de nuevas categorías como, sobre todo, las de biopolítica y bio-historia, destacando, especialmente, el vínculo estrecho entre la medicina y la práctica política como tecnología de poder y gobierno.

En suma, de los hitos conceptuales analizados, se deriva una trilogía fundamental, individuo-hombre-viviente humano, en la producción de lo “humano” por parte de la medicina moderna como configuración de la vida en su doble dimensión individual y colectiva.

Bibliografía

Éribon, Didier (1989). *Michel Foucault (1926-1984)*. París, Francia: Flammarion.

Foucault, Michel (1954). *Maladie mentale et personnalité*. Paris, Francia: PUF; reedición modificada (1962): *Maladie mentale et psychologie*. París, Francia: PUF.

Foucault, Michel (1997). *Folie et déraison. Histoire de la folie à l'âge classique* (1961). París, Francia: Plon; reedición modificada (nuevo prefacio y dos apéndices): *Histoire de la folie à l'âge classique* (1972). París, Francia: Gallimard.

Foucault, Michel (1997). *Naissance de la clinique. Une archéologie du regard médical* (1963). París, Francia: PUF.

Foucault, Michel (1990). *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. París, Francia: Gallimard.

Foucault, Michel (1995). *Histoire de la sexualité, tome I : La volonté de savoir*, París, Francia: Gallimard.

Foucault, Michel (1994). En *Dits et Écrits III. 1976-1979*, éd. établie sous la direction de François Ewald et Daniel Defert, avec la collaboration de Jacques Lagrange. París, Francia: Gallimard.

Foucault, Michel (1997). *Il faut défendre la société*, cours au Collège de France, 1975-1976. París, Francia: Gallimard-Seuil.

Foucault, Michel (1999). *Les anormaux*, cours au Collège de France, 1974-1975, París, Francia: Gallimard-Seuil.

Foucault, Michel (2003). *Le pouvoir psychiatrique*, cours au Collège de France. 1973-1974. París, Francia: Gallimard-Seuil.

Foucault, Michel (2004a). *Sécurité, territoire, population*, cours au Collège de France, 1977-1978. París, Francia: Gallimard-Seuil.

Foucault, Michel (2004b). *Naissance de la biopolitique*, cours au Collège de France, 1978-1979. París, Francia: Gallimard-Seuil.

Foucault, Michel (2011). *Leçons sur la volonté de savoir*, cours au Collège de France, 1970-1971, suivi de *Le savoir d'Édipe*. París, Francia: Gallimard-Seuil.

Han, Béatrice (1998). *L'ontologie manquée de Michel Foucault. Entre l'historique et le transcendantal*. Grenoble, Francia : Million.

Revel, Judith (2008). *Dictionnaire Foucault*. Paris, Francia: Ellipses.